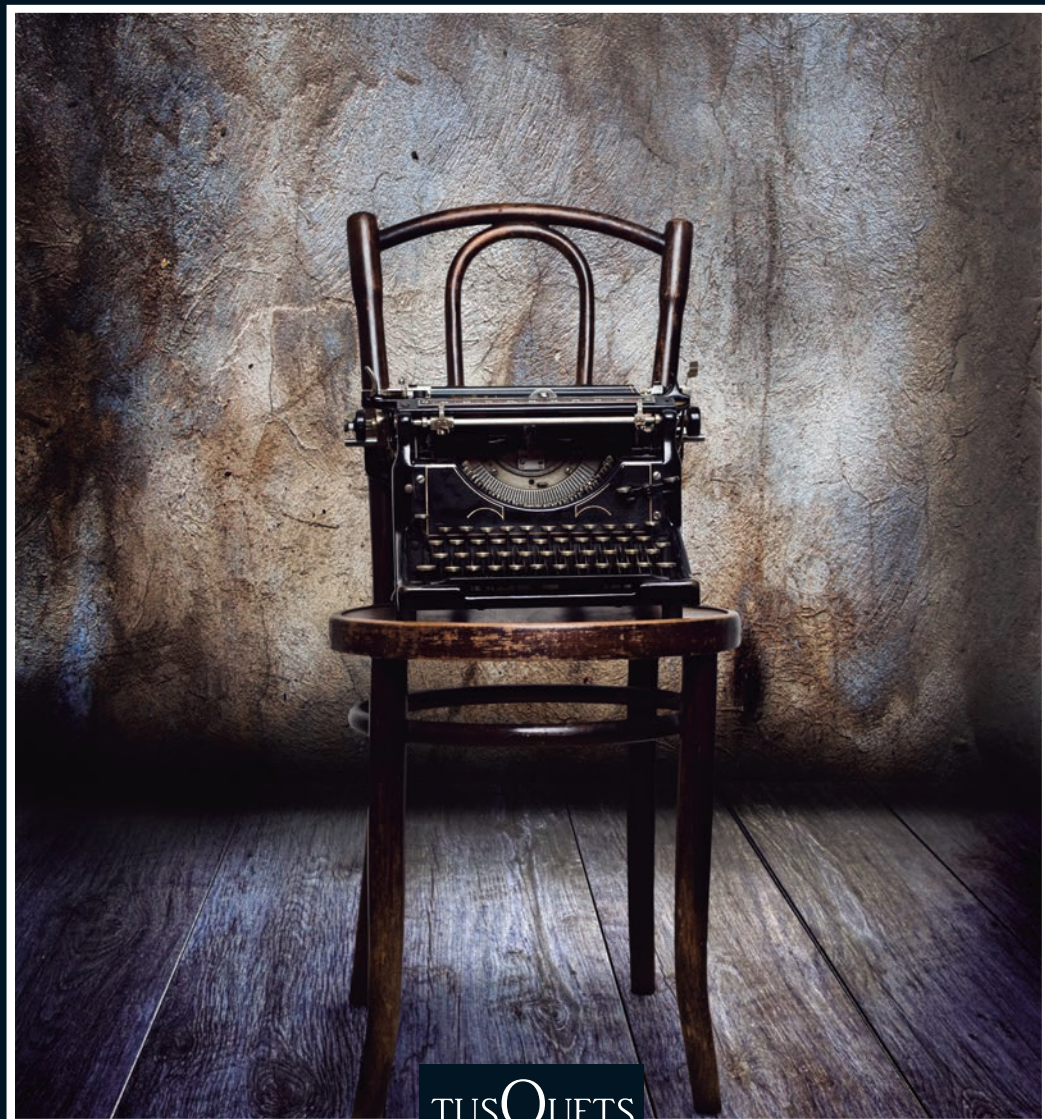


Petros Márkaris

LA MUERTE DE ULISES

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

PETROS MÁRKARIS
LA MUERTE DE ULISES

Traducción del griego
de Ersi Marina Samará Spiliotopulu

Título original: Τριμερσία (*Trimeria*)

1.^a edición: febrero de 2016

© Petros Márkaris, 2015, y Diogenes Verlag AG Zurich, 2016. Todos los derechos reservados excepto para la lengua griega.

© de la traducción: Ersi Marina Samará Spiliotopulu, 2016
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-233-5
Depósito legal: B. 98-2016
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

El asesinato de un inmortal	11
En terrenos conocidos	35
Tres días	55
El cadáver y el pozo	117
La muerte de Ulises	127
La destrucción de Pompeya	137
Un atentado que llegó tarde	147
Poemas y crímenes	155

La noticia llegó mientras saboreábamos el café de la mañana, ritual que Guikas había inaugurado recientemente. Como se ha pasado media vida entrando y saliendo de los despachos ministeriales de todo tipo de partidos y autoridades políticas, en algún momento se enteró de que los primeros ministros empiezan siempre su jornada laboral con un café y se apresuró a emular la costumbre. Para ser sincero, no tengo la menor idea de lo que hablan los jefes políticos con sus ayudantes mientras toman el famoso cafetito, pero nosotros hablamos de gilipolleces. De cara a la galería, se supone que aprovechamos la coyuntura para dar un repaso a los asuntos y documentos de la víspera y trazar nuestros planes de acción para el día en curso, pero la mayor parte de las veces perdemos el tiempo escuchando los recuerdos archivados en la cabeza de Guikas.

Así que, cuando sonó el teléfono y Guikas descolgó el auricular y me dijo: «Es para ti», tuve un presentimiento, que Vlasópulos me confirmó en el acto.

—Se ha producido un asesinato, señor comisario.

—¿Se conoce la identidad de la víctima?

—Por supuesto. Es el escritor Lambros Spajís. La mujer de la limpieza ha encontrado su cadáver esta mañana en su despacho.

—¿Y tú sabías que ese tal Spajís era un escritor famoso?
—pregunto extrañado, porque a mí el nombre no me dice nada.

—Yo tampoco lo sabía, pero he buscado en la Wikipedia y he encontrado su biografía.

«Dejémoslo estar», me digo para mis adentros. «Si ahora pregunto qué es esa Wikipedia, será como jugarme el prestigio a los dados.»

—¿Dónde vivía la víctima?

—En la calle Romano el Meloda, que parte de la circunvalación de Licabetos.

—Bajo enseguida.

Vlasópulos está esperándome en el coche patrulla delante de la entrada de Jefatura.

—He avisado a los de la Científica y al forense. También he enviado un coche patrulla para que vigile la casa. La víctima vivía sola.

La casa de Spajís, una vivienda de tres plantas, debió de construirse más o menos en los años treinta. A la izquierda, según se entra, hay una sala de estar llena de muebles antiguos y recuerdos de familia, sobre todo viejas fotografías. En un amplio sillón con apoyabrazos de madera torneada está sentada una cincuentona de cabello negro y nariz aguilena, que permanece inmóvil y con la cara hundida en las palmas de las manos. Enseguida veo que es extranjera, aunque no acierto a adivinar su nacionalidad. El agente joven encargado de custodiarla está de pie junto a la ventana, fumando y admirando el paisaje.

La cocina se encuentra justo enfrente de la sala de estar. A su lado, una escalera de madera conduce a las plantas superiores. Primero echo un rápido vistazo a la cocina. Los

armarios están cerrados y en el fregadero hay una pila de platos amontonados de cualquier manera. La nevera está llena de frutas y verduras.

En la segunda planta me esperan dos dormitorios. Entre uno y otro, un pasillo estrecho conduce al cuarto de baño. La víctima debía de dormir en la habitación de la izquierda, ya que allí los armarios están llenos de trajes y ropa interior masculina. En la mesilla de noche hay un libro junto a un par de gafas. El segundo dormitorio, en cambio, da la impresión de que no lo utilizaban. Seguramente hacía las veces de habitación de invitados. En el único balcón de la casa malviven unas plantas canijas que, sin lugar a dudas, provocarían escalofríos a mi mujer.

La tercera y última planta está ocupada en su totalidad por un enorme despacho lleno de estanterías que cubren las paredes hasta el techo. Seguro que a Guikas le daría envidia, no por la gran cantidad de libros sino por las vistas, ya que a través de las dos amplias ventanas se divisan Atenas y la Acrópolis como servidas en bandeja. La luz que inunda el despacho presta un aspecto acogedor a todo lo que hay en él, salvo al cadáver, que está tendido de bruces delante de la ventana izquierda con el cráneo destrozado. La sangre ha creado un charco alrededor de la herida y ya aparece seca en las orejas de la víctima y en el cuello de su camisa. No hay señales de lucha en la habitación, cosa que significa que la víctima conocía al asesino, que era persona de su confianza: por eso este último pudo pillarlo por sorpresa y golpearle la cabeza mientras miraba por la ventana.

No veo qué más puedo hacer en el despacho de Spajís, así que decido bajar para interrogar a la mujer de la limpieza y dejo las demás tareas en manos de la Científica y el forense. En mitad de la escalera me topo con Stavrópulos, el médico forense.

—¿Qué tenemos? —me pregunta.

—Un muerto con el cráneo hecho pedazos. A la víctima la golpearon por la espalda mientras miraba por la ventana. No he visto señales de lucha en ninguna parte, así que el asesino debe de ser alguien conocido, teniendo en cuenta, además, que Spajís lo recibió en su despacho y no en la sala de estar. Quien lo mató no entró para robar. Vino para hacerle una visita.

Stavrópulos se ahorra todo comentario y sigue subiendo la escalera mientras yo me acerco a la mujer de la limpieza, que permanece en una posición similar a como la dejé hace un rato. Ahora apoya la cabeza en una mano mientras en la otra aprieta un pañuelo de papel.

—¿De dónde eres? —pregunto.

Los funcionarios tienen que acreditar sus bienes, los inmigrantes tienen que acreditar su procedencia.

—De Armenia.

—¿Llevas muchos años al servicio del señor Spajís?

—Nueve años. Pobre señora Uranía aún vivir.

—¿A qué hora has llegado esta mañana?

—A las nueve, como siempre.

—¿Vienes todos los días?

—No. Día sí, día no. Voy primero cocina. No espero encontrar platos sin fregar. Señor Lambros fregarlos siempre, porque el monte Licabeto está cerca y haber hormigas. Después me sorprende más.

—¿Por qué?

—Porque subir habitación y ver cama hecha.

—¿Él no se hacía la cama?

—No, hacerla yo cada dos días. Empezar a llamar su nombre: «¡Señor Lambros, señor Lambros!». Nada. Luego subir despacho y... iverlo!

Se echa a llorar de nuevo y se seca las lágrimas con el pañuelo de papel.

—Muy bien, ahora vete a casa a descansar —le digo—. Mañana pasa por Jefatura, en la avenida Alexandras, para prestar declaración oficial.

—Señor Lambros muy buena persona —dice ella mientras se pone de pie con esfuerzo—. Lástima morir así. Mucha lástima.

La dejo y subo a la tercera planta para ver qué ha averiguado Stavrópulos. Entretanto, los de la Científica han puesto manos a la obra. Stavrópulos ha terminado el examen del cadáver y ya está recogiendo sus instrumentos.

—No puedo decirte gran cosa —explica—. La muerte debió de ocurrir entre las diez de la noche y la una de la madrugada. El cráneo muestra señales de golpes reiterados con un objeto pesado. Probablemente, alguna bandeja o recipiente metálico, ya que encima del escritorio están desparramados alfileres, sujetapapeles y gomas elásticas que Spajís debía de guardar en su interior. En cualquier caso, el asesino se llevó el arma del crimen. No la hemos encontrado en ninguna parte.

—Registrad el escritorio y el ordenador —digo a Sfakianakis, de la Científica.

Él me mira sorprendido, porque acabo de mandarle hacer lo que es evidente.

Vlasópulos sube jadeando la escalera.

—Tiene una sobrina por parte de su mujer, que vive en Patrás. No tenía más familia. Era un hombre tranquilo. Parece que se mostraba abierto y amigable con todo el mundo.

—¿Algún testigo ha visto al asesino entrar en casa?

—No. Claro que el hecho de tratarse de una vivienda unifamiliar complica las cosas, porque no hay vecinos inmediatos.

—Muy bien. Avisad a Patrás para que nos manden a la sobrina en un coche patrulla. Vámonos ya. De momento,

aquí no podemos hacer nada más. Y dudo mucho de que se encuentre nada que nos sea útil.

—No puedo decirle demasiado —anuncia Afroditi Sterguiópulos, la sobrina de Spajís—. Mi tío y yo manteníamos relaciones puramente formales. Yo no le caía bien a él y él tampoco me caía bien a mí. Cuando terminé el instituto quería ir a la universidad para estudiar matemáticas, quería ser profesora de enseñanza media, pero mi tío convenció a mi madre de que los estudios no se me daban bien y de que sería mucho mejor que me formara como peluquera para poder ganarme la vida. Y me hice peluquera, porque la opinión de mi tío era ley para la familia. Unos años después conocí a Jaris. Jaris es funcionario de Hacienda, solicitó su traslado a Patrás, que es su ciudad natal, y yo me fui con él. Nos casamos allí. Un año después de la boda mi madre murió y yo corté casi toda relación con mi tío, excepto alguna llamada telefónica ocasional a mi tía. Vi al tío Lambros por última vez en el funeral de su mujer.

—¿Conocía a sus amigos, o quizá a algún compañero de trabajo?

La mujer suelta una risita irónica.

—Cuando mi madre y yo veníamos a casa de mi tía, señor comisario, nos conducían directamente a esta habitación. Yo me sentaba siempre en la misma silla con las piernas recogidas, igual que ahora, y mi madre se sentaba frente a mí, también con las piernas recogidas. Mi tío se apoltronaba en un sillón y nos sermoneaba sin parar y sin que nadie se atreviera a interrumpirlo, ni siquiera mi tía Uranía. Si por casualidad aparecía alguno de sus amigos, lo hacía subir inmediatamente a su despacho sin presentárnoslo. Entonces

nosotras respirábamos aliviadas, porque podíamos hablar de nuestros asuntos sin sentirnos cohibidas. —Hace una breve pausa antes de continuar—: El tío Lambros tenía dos caras, señor comisario. Una para su familia y otra para los demás. Con los demás era siempre afable y cordial. Con su familia se mostraba engreído y altanero. También con mi tía. Cuando hablaba con ella delante de terceros, su boca goteaba miel. Cuando se encontraban a solas, la humillaba de la mañana a la noche.

—Sin embargo, se sentaba para hablar con ustedes —observo, porque veo demasiada malicia en sus palabras.

Ella se echa a reír otra vez.

—Jaris, que está licenciado en económicas, me dijo cuando lo conocí: «No quiero volver a ver a este hombre. No lo soporto. Es un logolascivo». Ése era mi tío Lambros. Un lascivo de las palabras. Le encantaba oírse hablar.

—Eche un vistazo a su despacho, a ver si algo le llama la atención.

—Lo haré, aunque dudo que pueda descubrir nada. En el despacho sólo entraban sus amigos y algunos colegas del trabajo. Mi madre y yo no pertenecíamos a esa categoría, así que siempre nos quedábamos fuera.

Sin darse cuenta, acababa de ofrecerme una información muy valiosa. Si en su despacho sólo recibía a amigos y colegas, ha debido de ser uno de ellos quien lo ha matado. No es que así se reduzca sustancialmente el círculo de sospechosos. A ver cómo logramos desgranar la lista de poetas, literatos, artistas y sujetos equivalentes varios.

—Destila veneno contra su tío —comenta Vlasópulos cuando Afroditi Sterguiópulos sale del despacho—. Que diga lo que quiera. Su tío escribía unas novelas fantásticas.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Has leído las novelas de Spajís?

—pregunto extrañado, porque sé que es un forofo apasionado del Olympiakós y sólo lee *El Campeón*.

—Hicieron una serie televisiva basada en una de sus novelas y no me perdí ni un episodio. Si no podía ver alguno, intentaba verlo en una reposición o le pedía a un colega del laboratorio que me lo grabara. Ya le digo, ese hombre era un *crack*.

El editor de Lambros Spajís tiene sus oficinas en la calle Zalogu. Un músico callejero está tocando al acordeón *El Danubio azul* una y otra vez. Seguro que es un inmigrante serbio. Si sumamos un acordeón al *Danubio azul*, el resultado es siempre un serbio.

El editor es un hombre simpático que ronda los cincuenta y cinco años, tiene el cabello rubio tirando a castaño y un bigote del mismo color. El cabello ya ha empezado a encanecerse, el bigote todavía resiste.

—Una gran pérdida —me dice con expresión apenada—. Una pérdida enorme. ¡Y morir de esa manera atroz, además! —El editor suspira profundamente para subrayar su pesadumbre—. Era un escritor y un hombre extraordinario.

La primera mitad de sus palabras ya me la había adelantado Vlasópulos y la segunda mitad su sobrina, aunque siempre en relación con personas que no pertenecían a su círculo familiar. Aguardo con la esperanza de oír algo nuevo.

—Sabrá que era un escritor de renombre. Hacíamos tres o cuatro reediciones de cada nueva novela suya en el primer mes. También tenía mucho éxito en la televisión. —Hace una breve pausa antes de continuar—: Se podría esperar que Lambros fuera arrogante y superficial, pero no lo era. Nuestras correctoras lo adoraban, porque siempre hacía caso a

sus indicaciones y muchas veces aceptaba sus sugerencias, hasta el punto de modificar el original. Nada que ver con los autores noveles, que ponen el grito en el cielo a la mínima corrección. «¡Yo quise escribirlo así, y estáis interviniendo en la obra de un creador!», declaran. De modo que sólo nos queda la alternativa de ponerlos de patitas en la calle o publicar su obra tal cual nos la traen. Generalmente, se impone lo segundo.

—¿Por qué lo segundo? —me extraño.

El editor se carcajea.

—La publicación de libros obedece a otras causas más allá de complacer a los lectores, señor comisario.

—¿Cuáles?

—Llenar las mesas de las librerías, por ejemplo. Cuantos más libros publicas, más grande es la mesa que te reservan los libreros y más posibilidades tienes de vender las obras de calidad. El resto vuelves a reducirlo a pulpa, porque sale más caro guardarlo en el almacén.

—¿Tenía enemigos Lambros Spajís?

Los enemigos de Spajís me interesan mucho más que las librerías y las obras, buenas o malas.

El editor reflexiona.

—Si por enemigos entiende usted a colegas que le tenían envidia, entonces sí, tenía muchos —responde al final—. Grecia es un país pequeño, señor comisario, y nuestro sector es más pequeño todavía. Cuando alguien alcanza el éxito, la mayoría de sus colegas piensan que el triunfo habría sido suyo si el triunfador no estuviera en medio. Es mentira, por descontado, pero cualquiera los convence de eso. —Reflexiona de nuevo y luego dice entre dientes—: Mucho me temo que la cantidad de competidores aumentó desde que presentó su candidatura a la Academia.

—¿Quería ser académico?

No sé qué importancia puede tener esto, pero la expresión grave del editor me indica que la tiene.

—Sí, y muy probablemente habría sido elegido. Eso dicen, al menos —añade, con clara intención de mostrar ciertas reservas.

—A ver si lo entiendo. ¿Me está diciendo que hay que ser elegido para entrar en la Academia?

—¡Por supuesto, señor comisario! En la Academia no se entra con un billete ni pidiendo la vez —contesta el editor con una mirada que me clasifica, en el mejor de los casos, entre los retrasados mentales, y en el peor, entre los brutos.

—¿Sabe quiénes eran los otros candidatos?

—No, y, para serle sincero, no me interesa. Ser elegido académico no supone hoy en día ninguna consagración artística ni científica. Sólo satisface la vanidad del elegido, además de proporcionarle un sueldo nada desdeñable: unos tres mil euracos al mes.

Puede que el tema no le interese al editor de Spajís o puede que esté fingiendo que no le interesa, pero yo debo enterarme de quiénes eran los demás candidatos.

—Me hablaron de una tal Kuranis —me informa Vlasópulos al día siguiente.

—¿Qué te dijeron?

—Que es crítica literaria y colabora con diferentes revistas y periódicos. Es rica y mordaz. Como la reina de las abejas: mucha miel y un gran aguijón.

—Te voy a apartar de la investigación —le digo secamente.

—¿Por qué? —se extraña Vlasópulos, que esperaba un aplauso y ha recibido calabazas.

—Porque empiezas a utilizar metáforas y los polis no hablamos así. Si te oye Guikas, te veo archivando expedientes en el registro.

Vlasópulos no hace ningún comentario, como es típico en él cuando quiere mostrar que lo he defraudado con mi comportamiento.

La casa de Álkisti Kuranis se encuentra en la calle Patriarca Joaquín, no la de Kolonaki, sino la de Kifisiá. Se diría que todas las familias bien intentan residir en un barrio que disponga de una calle Patriarca Joaquín. Kuranis vive en una casa vieja de la época de entreguerras. Está rodeada de un jardín y se encuentra cerca de la iglesia de Santa Ana. La encuentro leyendo un libro sentada en un anticuado sillón de mimbre con un cojín en el respaldo. Sin duda ha oído la puerta del jardín cerrándose a mis espaldas, pero el sonido no ha desviado su atención de la lectura. Sólo alza la vista cuando me acerco a ella, al tiempo que coloca entre las páginas del libro el lápiz que sostenía en la mano. La mujer debe de tener ochenta años largos, pero se conserva bien y aparenta como mínimo cinco menos. Encima de la mesita colocada delante de ella hay una bandeja con una tetera de porcelana, una taza y un platillo lleno de rodajas de limón.

—Siéntese, señor comisario —me invita cuando me presento—. ¿Le puedo ofrecer una taza de té?

Me encantaría tomar un cafetito, pero no me atrevo a pedirselo.

—Vengo a pedirle que me ayude en el caso de Lambros Spajís —le digo mientras rechazo amablemente su ofrecimiento y me siento en el otro sillón de mimbre.

La mujer menea la cabeza.

—Cuando era pequeña se cantaba «Pobre Azanasópulos, qué suerte te esperaba».* Ahora que he llegado a la vejez, meneo la cabeza y pienso: «Pobre Spajís, qué suerte te esperaba». Quién sabe, quizá sea una forma simbólica de cerrar el ciclo de mi vida.

—Señora Kuranis, ¿sabe si Lambros Spajís tenía enemigos?

La mujer detiene la taza a un centímetro de su boca y me contesta sin rodeos:

—Todo el mundo lo odiaba.

—¿Por qué? ¿Porque era un autor de renombre?

Kuranis se atraganta con el té y yo me llevo un susto de no te menees. No sé si debo darle unos golpecitos en la espalda, pero, por suerte, la mujer se repone.

—¿De renombre, señor comisario? Mire, aquí en Grecia tenemos la costumbre de llamar importante a cualquier mediocridad, y obra maestra a cualquier librucho vulgar: así pretendemos convencernos de que valemos algo. —Hace una pequeña pausa y añade—: Si quiere mi opinión, la obra de Spajís estaba apenas un escalón por encima de las novelas románticas de Nora y Harlequin.

Lo que me acaba de decir me queda clarísimo, ya que Adrianí, cuando termina las faenas de la casa, siempre se pone a leer libros de Nora y Harlequin, y por la tarde sintoniza el canal Harlequin en televisión.

—Le contaré cómo Spajís se hizo escritor y lo entenderá. Él estudió artes dramáticas y se ganaba la vida leyendo textos para la *Biblioteca Radiofónica*. Aquél fue su primer contacto con la literatura, sus lecturas como actor para ganarse

* Vieja canción popular de 1931 que hace referencia a un crimen que conmocionó a la sociedad griega de aquella época, el asesinato del contratista Dimitrios Azanasópulos. (*N. de la T.*)

el pan. Luego empezó a escribir también él. ¿Qué talento se puede esperar de alguien que se hizo escritor gracias a la *Biblioteca Radiofónica*?

—Sí, pero llegó a ser candidato a la Academia.

Antes de contestar, la mujer se sirve otra taza de té.

—Estas instituciones eran ilustres, señor comisario, pero se han convertido en quimeras, en sombras de sí mismas. Cualquiera puede llegar a ocupar un sillón en la Academia, siempre que tenga los contactos apropiados. Ése era el auténtico talento de Spajís: los contactos. Por lo demás, era mediocre. Es decir, poseía los dos atributos que son imprescindibles para convertirse hoy en día en académico de la lengua griega.

—¿No había otros candidatos?

—Los había. El primero, Makis Petrópulos, no tenía ninguna posibilidad y lo sabía. Presentó la solicitud con el solo propósito de tocarle las narices a Spajís, al que no soportaba. El segundo, Kleon Romylos, era el único digno de ser elegido. Romylos es el gran maestro del pequeño formato, de la viñeta de la literatura griega. Por no decir que Borges era el Romylos de Argentina.

Ni el nombre de Romylos ni el de Borges me dicen nada, y al final no sé quién es el griego y quién el argentino, pero, si Romylos es candidato a la Academia de Atenas, seguramente será él el griego.

Kleon Romylos está sentado al fondo de la Brasería Valaoritu, en la última mesa. Delante de él hay un bloc abierto de cuero negro, tamaño A4, con una carísima pluma estilográfica encima.

—Desde que era un chaval escribo siempre en los cafés y con pluma —explica—. El silencio absoluto me distrae

y no me deja concentrarme. El ruido de los cafés, en cambio, la gente que entra y sale, que se sienta y conversa, aunque sea a voces, me despeja y me mantiene alerta.

Aparenta unos sesenta y cinco años, y es un hombre de mediana estatura, delgado y con el pelo cano. Tiene la piel muy blanca, como todos aquellos que se pasan la vida en espacios cerrados con iluminación artificial.

—He pasado mi vida de escritor en el altillo de Zonar's* —prosigue Romylos—. Pero dejó de ser lo que era cuando la remodelaron, así que me trasladé a este local. —Suelta un largo suspiro—. En Zonar's me sentaba siempre en la misma mesa. Aquí no puede ser. Me siento en sitios distintos, donde haya una mesa libre. En Zonar's los camareros me conocían y entablábamos conversación. Aquí me lanzan un seco «Buenos días» y pasan al asunto principal, que es lo que quiero tomar. Por lo demás, les resulto del todo indiferente. Sólo saludan a los políticos, que suelen venir aquí para conspirar. Hoy en día los escritores somos como cualquier otro cliente.

Intuyo que quiere contarme toda su trayectoria literaria y me apresuro a cortarle el camino.

—¿Conocía a Lambros Spajís?

—Grecia es un país pequeño, señor comisario, y el mundo de las letras es un pañuelo. Todos nos conocemos y nos damos empujones para conseguir algún puestecito.

—Si no me equivoco, ustedes dos eran candidatos a la Academia de Atenas.

—Mire, yo ya lo intenté hace unos años y fracasé. No tenía ganas de volver a pasar por esa experiencia tan desgastadora. Sin embargo, Álkisti Kuranis me presionó tanto que al final dije que sí.

* Cafetería y pastelería céntrica de Atenas, fundada en 1939. (*N. de la T.*)

—¿Por qué no quería presentarse de nuevo?

—Para no tropezar dos veces con la misma piedra, señor comisario.

—¿Le parecía que no tenía posibilidades?

—No las tenía entonces y no las tengo ahora. Sencillamente, mi edad ya no me permite remar contra corriente. Estoy satisfecho con mis relatos cortos. Unos los califican de viñetas o de miniaturas chinas y otros de cagadas. Sin embargo, esto es lo que puedo hacer. Si me estiro para llegar más alto, siento que adopto una estatura ficticia que me desvía de mi camino.

—¿Conocía al otro candidato?

—¿A Makis Petrópulos? Desde luego. Pero es un simple conocido, no un amigo, que quede claro.

—Me da la impresión, aunque podría equivocarme, de que no le cae simpático.

Romylos me sonrío.

—Hay dos maneras de distinguirse. La primera consiste en esforzarse para crear una obra digna, que te consagrará y te ayudará a subir el primer peldaño. La segunda consiste en desprestigiar a todos los demás, para que al final seas tú el único digno de mención. Quedas primero, por eliminación.

—Al poco añade—: Petrópulos es de la segunda escuela.

—¿Lambros Spajís tenía enemigos, señor Romylos?

—Por supuesto. Makis Petrópulos y yo, los primeros. Sería más apropiado que me preguntara si tenía amigos. Así le daría una respuesta breve y concisa.

—¿Has considerado la posibilidad de que fuera marica y lo matara su ligue? —me pregunta Guikas por la mañana cuando subo para informarle.

Lo cierto es que esta posibilidad ya se me había pasado

por la cabeza: por eso envié a Vlasópulos y a Dermitzakis a darse una vuelta por los lugares que frecuentan los homosexuales y mostrarles la fotografía de la víctima, pero nadie lo conocía.

—Esto no quiere decir nada —insiste Guikas cuando le expongo mi argumento—. Puede que frecuentara los locales de los inmigrantes. Estando casado, seguramente evitaría los lugares habituales, para que nadie lo reconociera. No olvidemos que era una personalidad pública.

—También visitamos los locales de los inmigrantes. Allí tampoco lo conocían.

—Y, si lo conocían, no te lo dirían. Ésos mantienen la boca cerrada.

Le aseguro que volveremos a investigarlo, más que nada para que me deje en paz, porque cuando se le mete una idea entre ceja y ceja es muy difícil quitársela. Bajo a mi despacho y veo que Vlasópulos me está esperando en el pasillo.

—Hemos descubierto algo, aunque no sé si está relacionado con el asesinato de Spajís. Hace unos años asesinaron en Salónica al poeta Miltos Palestís.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Lo descubrimos por casualidad. Hablando con un colega de Salónica, se lo dijo a Dermitzakis. Palestís también era candidato a la Academia. El caso nunca se resolvió.

«Si ambos asesinatos están relacionados, las cosas se complican», me digo.

—Pídeles a los de Salónica que nos manden el expediente.

La teoría de Guikas sobre los homosexuales va directa a la papelera. Es imposible que ambos candidatos fueran maricas y los mataran sus rolletes.

Makis Petrópulos lleva sombrero dentro de casa. A través de su ventana se divisa el parque de Pangrati bañado por el sol; el climatizador de su despacho está apagado y él va por casa con el sombrero puesto.

—¿Qué Lambros Spajís? —pregunta con desdén—. ¿Ese mediocre que tenía la desfachatez de querer entrar en la Academia? ¿Sabía usted que empezó su carrera como actor?

—Ya me han informado.

—¿No le dirían, además, que su carrera dramática arrancó con *Mi pequeño amor amargo*?* Fue aquello lo que le abrió el apetito de ser escritor.

—Me dijeron que empezó con la *Biblioteca Radiofónica*.

—Sea, con la *Biblioteca Radiofónica* —concede Petrópulos—. Estaba un peldaño por encima de *Mi pequeño amor amargo*, pero de ahí al podio de los inmortales hay un trecho.

Ni *Mi pequeño amor amargo* ni la *Biblioteca Radiofónica* me dicen nada. Si ya encima me habla del *Podio de los inmortales*, llego a la conclusión de que me entiendo mucho mejor con los albañiles, los fontaneros y los inmigrantes sin papeles.

—Había un tercer candidato: Kleon Romylos —le digo, sintiendo curiosidad por saber en qué categoría lo mete.

—¡Romylos! —exclama Petrópulos—. Hoy en día llamamos viñetas a las naderías con la misma facilidad con la que llamamos *gourmets* a los asiduos de los *fast food*. Pregunte por ahí cuántos editores importantes han rechazado su obra. Al final, lo aceptó un pequeño editor de origen judío que le publica esas viñetas de pacotilla. Si no eres un gran editor de prestigio, para alcanzar a los grandes autores empiezas publicando a los pequeños y extravagantes, y los

* Popular serie radiofónica que se emitió en la década de los sesenta. (N. de la T.)

calificas de vanguardia. Ese editor estaba al borde de la quiebra cuando le cayó como regalo del cielo un autor de relatos policíacos. Hemos llegado a tal punto que son capaces de nombrarlo académico. En cualquier caso, el editor judío salió del bache, no con la vanguardia sino con la paraliteratura, y siguió publicando a Romylos para mantener su buen nombre de supuesto editor de textos selectos. En realidad, es el único judío del mundo que ha ganado dinero con la policía.

Suena el teléfono, Petrópulos va a contestar la llamada y yo pienso que las palabras de Romylos han quedado sobradamente justificadas. Petrópulos desprestigia a todo el mundo para quedarse él solito en el podio de los guapos.

Petrópulos dice: «Gracias, te estaré eternamente agradecido», cuelga el teléfono y vuelve a mi lado.

—La suerte ha querido que sea usted el primero en saberlo, señor comisario. He sido elegido miembro de la Academia de Atenas.

Me pregunto si Petrópulos se limita a descalificar a todos los demás o si, dado el caso, llegaría al extremo de quitarlos físicamente de en medio.

Si había la menor duda de que ambos asesinatos estaban relacionados, ésta se disipa en el momento mismo en que abro el expediente que nos han enviado desde Salónica. La víctima, Miltos Palestís, había muerto exactamente de la misma manera que Lambros Spajís: en su despacho, tras haber recibido un golpe en la cabeza con un objeto pesado que nunca se encontró.

Me alegraría poder detener a Petrópulos por el asesinato de Palestís, pero no consigo dilucidar ningún móvil. En aquella época no era candidato a la Academia, de modo que

no tenía motivos para matarlo. En mi cabeza pesa una sospecha que, por desgracia, queda confirmada.

—Tenía razón, comisario: Romylos también era candidato por aquel entonces —dice Vlasópulos interrumpiendo mi lectura del expediente.

—Muy bien, ahora tenemos que averiguar si se encontraba en Salónica.

Vlasópulos menea la cabeza con pesimismo.

—Esto no va a ser nada fácil. Ha pasado casi una década. Es casi seguro que habría ido en tren o en autocar y no quedará registro de su billete.

—Debió de alojarse en alguna parte. En un hotel, con toda probabilidad.

—Tenemos las listas de todos los clientes que se alojaron en hoteles de Salónica en aquella época. Las tiene la Jefatura de la ciudad. El nombre de Kleon Romylos no aparece por ninguna parte.

—De momento centrémonos en el segundo asesinato. ¿Has hecho venir a la mujer de la limpieza?

—Sí, señor.

Pronto reaparece acompañado de la asistenta del hogar de Spajís. Saco la foto de Romylos de nuestro expediente y se la enseño.

—¿A éste lo conoces?

—¡Claro! —exclama la mujer entusiasmada—. Ser señor Kostas.

Vlasópulos y yo nos miramos sorprendidos, como si no la hubiéramos oído bien.

—¿Quién dices que es?

—Kostas..., señor Kostas...

—Que espere fuera —ordeno a Vlasópulos, y mientras él conduce a la mujer al pasillo, yo llamo por teléfono a Kuranis.

—Una pregunta, señora Kuranis. ¿Kleon Romylos es el verdadero nombre del autor?

—No, es su seudónimo literario. Su verdadero nombre es Kostas Kardasis.

Lo encuentro de nuevo sentado al fondo de la Brasería Valaoritu, aunque esta vez en otra mesa. El bloc A4 es el mismo, sin embargo, igual que la carísima pluma estilográfica.

—No me dijo que Kleon Romylos es un seudónimo —le digo, y me siento frente a él—. Ni que su verdadero nombre es Kostas Kardasis.

El hombre me sonrío tranquilamente.

—Usted, no obstante, lo ha averiguado —responde.

—En efecto. Los colegas de Salónica buscaban a un tal Kleon Romylos, candidato a la Academia de Atenas, y se les pasó por alto Kostas Kardasis, que estuvo alojado en el hotel Pela el día anterior al asesinato de Palestís. —Hago una pequeña pausa para esperar su reacción, pero él calla y nos quedamos mirándonos—. Hace un rato realizamos un registro de su residencia y hemos encontrado los dos objetos de hierro que utilizó como arma del crimen —añado—. ¿Por qué los ha guardado?

—Como recuerdos de mi fracaso —contesta él con calma—. Maté a dos personas para llegar a ser miembro de la Academia y fracasé en ambas ocasiones. Se me da bien asesinar, pero no sé aprovechar las circunstancias. Ésta es mi tragedia.

Observo al viejecito de piel pálida que está sentado frente a mí y siento una oleada de compasión.

—¿Valió la pena cometer dos asesinatos? —le pregunto—. ¿Por qué lo hizo? ¿Por los ingresos fijos? ¿Para sentirse seguro?

El hombre se ríe por lo bajo.

—No fue por eso, no necesito el dinero. Lo hice por la gloria, señor comisario. Me llaman maestro del pequeño formato. Del «pequeño», éste es el problema. Quise sentirme grande por una vez, ganar estatura. Se lo dije en nuestro primer encuentro: cuando busco adoptar una estatura ficticia, me desvíó de mi camino.

Cierra el bloc y se guarda la pluma estilográfica en el bolsillo interior de su americana. Se toma el último sorbo de su café. Realiza cada gesto con mucha tranquilidad, como si se dispusiera a volver a casa.

—Quiero que sepa que le agradezco que haya venido usted en persona en lugar de enviar a sus ayudantes a detenerme.

—El coche patrulla nos espera fuera, en la esquina.

—Mejor así. Siempre me voy de los sitios ofendido porque nadie se fija en mi partida. En esta ocasión, me alegro de que sea así. —Se pone de pie y espera a que lo siga, pero enseguida se detiene—. Le diré algo más, señor comisario: en este país, los que intentan triunfar sin enchufes ni contactos son asesinos en potencia.

Nuestra retirada pasa inadvertida.